



LA VÍCTIMA SIN CORAZÓN.

(Leyenda Tolteca sobre la peste).

Dice cronicón polviento
Que al mediar funesto día,
Turbando paz y alegría
A que dió Tula aposento,

Súbito recio temblor
Estremece la comarca,
Desde el mendigo al monarca
Helando al pueblo de horror.

Hiende montes eminentes,
Abre en el suelo orificios,
Y a tierra los edificios
Echa y al agua los puentes.

Como en el toro violento
 Cabalgador mal seguro,
 Tula desde el templo al muro
 Se agita en su mismo asiento.

No bien cesa el terremoto,
 La no distante montaña
 Ruge en su profunda entraña
 Como en los valles el noto.

Convierte en cráter su cumbre
 Y, en humo y luz coronada,
 Deja su falda anegada
 En lago espeso de lumbre.

Para que el cielo propicio
 Desdichas tales suspenda,
 Ordena el rey que en su tienda
 Haya humano sacrificio.

Y escoge con alborozo
 La multitud obediente
 Un cautivo adolescente
 A quien aun no pinta el bozo.

Tendido en la piedra enana
 Que ocupa no escaso trecho,
 Le abre el sacerdote el pecho
 Con su puñal de obsidiana,

Sin que el mancebo, adormido,
 Muestre en su gentil conjunto
 Leve temblor en tal punto
 Ni exhale el menor gemido;

Y en vano la diestra avara
 Le hunde en la herida, buscando
 El corazón que humeando
 Ha de ofrecer en el ara.

A sus sentidos apenas
 Daba crédito el gentío
 Viendo aquel pecho vacío,
 Viendo sin sangre las venas,

Cuando se puebla el ambiente
 De fetidez inaudita
 Que estar imposibilita
 De tal cadáver enfrente.

Manda luego el soberano
 Que al campo llevado sea;
 Mas fué difícil tarea
 Siquier moverle una mano.

Se halló que pesaba como
 Si, al ancha piedra adherido,
 Hubiéranse convertido
 Sus blandas carnes en plomo.

De cuerda fuerte unos lazos
Formaron para movello,
Aplicándolos al cuello,
Cintura, piernas y brazos.

Dellos a tirar se lanzan
Con resolución febril
Primero cien, luego mil,
Y un palmo sólo no avanzan:

Ceñudo en esto el semblante,
Del rayo armada la diestra,
Al rey y al pueblo se muestra
Tetzcatlipoca delante.

Himno que cayó en olvido
Mándales cantar: sonoro
Entónale el pueblo en coro
Y es el cadáver movido.

Mas cae el grupo no escaso
De cuantos cerca de él van,
Cual cañas que el huracán
Descuaja o dobla a su paso.

Y los que a llenar el puesto
Sin torpe miedo acudían,
Avanzaban y caían
Como los otros, muy presto.

Hasta qué llegando a un monte
Que no habita sér humano
Y tras del cual forma un llano
Por lo extendido, horizonte,

La odiosa carga allí suelta
La multitud consternada,
Cual si estuviese embriagada
Bambolëando a la vuelta.

Si en sus brazos no le abarca
Xóchitl, hubiera caído
En tierra del mal herido
Tecpancaltzin el monarca.

¡Día de horror! El espacio
Ennegrecido hacia el polo,
Poblaba un gemido sólo
Desde la choza al palacio.